

ADICION AL CAPITULO XL.

Pocas noticias se pueden añadir sobre Puebla pues hasta hoy han sido muy indolentes los poblanos en dar á luz una historia de su pais, y en verdad que brillaria en la Nacional por la multitud de hombres celeberrimos y en acontecimientos gloriosísimos sobre la de los demás Estados de nuestra República.

En un calendario que D. José María Rivera publicó en 1861 se dice lo siguiente:

Antes de la prelación del R. P. Fr. José Santos Coy (año de 1817) presentaba dicho Templo una vista bastante agradable, porque las capillas bien repartidas que tiene estaban adornadas con unas rejas de hierro simétricamente construidas, las cuales se quitaron por disposición de dicho R. P. con objeto de hacer la Iglesia de tres naves, cuya imperfección se ve hasta hoy de los arcos abiertos en los costados de todos las capillas; posteriormente se quiso remediar este mal cubriendo los arcos con rejas de madera; pero siempre quedó con vista desagradable por lo toscó de ella y lo susceptibilidad de su destrucción. No obstante ese defecto hoy el mencionado templo se mira, si no con la hermosura de su primitiva época, al menos con la decencia que es debida á la casa de Dios; porque además de estar revocado y pintado desde sus bóvedas, se construyó un hermoso tabernáculo en el altar principal, donde está colocada la bellísima imagen de *Ntra. Sma. Madre de la Merced*, y se renovó todo el pavimento con losas de mármol: todas estas mejoras son debidas á la piedad de los fieles y al infatigable trabajo del R. P. Procurador Fr. Francisco Mendez quien para coleccionar las grandes sumas

que se han gastado, no solo ha tenido que mortificarse presentándose en las casas de varias personas á recibir los donativos que bondadosamente le han ofrecido, sino que, expuesto á la inelemencia de los tiempos concurre algunas veces á la plaza del mercado donde tambien recibe de los pobres las cortas limosnas con que cooperan. A estas fatigas se agrega, que siendo las fincas que posee el Convento quizá las más miserables que hay en esta ciudad, los productos de ellas son muy cortos y por consiguiente no cubren los gastos de la Comunidad ni del culto, y esta falta le hace redoblar sus penas y trabajos.

El M. R. P. Comendador actual Fr. B. Guzman debe participar tambien de estas penas, y quizá más aflictivas, por llevar sobre sí el gobierno de su Convento y la responsabilidad de algunos compromisos; pero se le advierte una serenidad de alma que parece que disfruta de las mayores comodidades; porque sin desatender sus precisas obligaciones acompaña en sus empresas al R. P. Mendez, lo consuela y lo alivia en cuanto puede de la pesada carga que tiene de Procurador, no contando el recomendable prelado con recursos, como se ha dicho antes, para sufragar los gastos

tos de su Comunidad, él se los proporciona, con detrimento de su salud, admitiendo varios sermones ó pláticas que se le encomiendan, y destinando la mayor parte de las gratificaciones que recibe en las atenciones más precisas de su convento.

Sin lastimar la delicadeza de los prelados que han precedido al R. P. Guzman, porque no hay datos para hacer una recomendacion de sus hechos, fuerza es hacer al actual la justicia que se merece, manifestando el acierto y prudencia con que se ha sabido conducir en su gobierno; probando esta verdad con la reeleccion que se hizo de su persona, para Comendador de este Convento, y sentimiento que ya se observa por aproximarse el término de su prelación. ¡Ojala que penetrado el Venerable definitorio de los bienes que resultan á este Convento con la permanencia del referido padre Comendador tenga la dignacion de reelégerlo para el siguiente trienio!

La pequeñez de este manualito no permite designar la multitud de gracias con que varios Sumos Pontífices, han enriquecido á la religion Mercedaria, pero tambien parece inútil porque aparecen manifestadas muy extensamente en los cuadernillos que se repar-

ten á los Terceros de la Orden; cuya Congregacion disfruta los mismos privilegios; iguales beneficios se imprten á los Archicofrades; pero con la circunstancia de que éstos no son perpetuos, porque al separarse de la hermandad ya no son acreedores á ninguna gracia. Esta hermandad ó archicofradía casi estaba nulificada: la dedicacion y esfuerzos del Sr! D. Manuel Guerrero, desde que se recibió de mayordomo, la han reanimado y vuelto al estado de engrandecimiento en que debía estar: para lo cual se sabe que dicho señor hizo algunos desembolsos con el fin piadoso de llenar los deseos de que la Santísima Virgen tuviera ese culto particular, y que con los fondos de dicha Archicofradía, se hicieran algunos adornos de Iglesia de que carecia el Convento.

Como miembro de la Comunidad Mercedaria debía tener lugar en este artículo el R. P. Fr. José María de Jesús Huesca manifestando sus virtudes y graciosas empresas; pero parece propiamente haberlo cuando se dé noticia del templo y Convento del Sagrado Corazon de Jesús: que él mismo ha fundado en este tiempo de mayores desgracias y mucha calamidad.

En la obrita "Puebla sagrada y profana que escribió en 1746 el P. Fr. Juan Villa Sanchez y en 1835 publicó D. Francisco Javier de la Peña en la primera nota de la página 67 increpa igualmente la apeatura de las capillas.

Los comendadores que ha tenido este convento y de que se tiene noticia son:

1796. Fr. Miguel Ortiz y Nuñez.

1799. Fr. José Manuel Arauz,

1801, Fr. José Mariano Pardo.

1804, Fr. José Manuel Arauz. Fué electo electo Provincial en 1807, concluido su trienio volvió á este convento y falleció en 20 de Mayo de 1815.

1817. Fr. José Santos Coy.

1818. Fr. Francisco Arellano.

1819. Dr. Fr. José Antonio Parres. En 1795 fué nombrado Lector en Teología y al año siguiente recibió en la Universidad la borla de Doctor en esa facultad. En 1803 fué Comendador de Oaxaca. En 1830 fué electo Provincial y murió en 10 de Junio de 1833.

1825. Fr. José Joaquin Gallegos Saldaña.

1826. Fr. Bernardo Benavides.

1826. Fr. José Guzman, muerto en 1833.

1833. Octubre 11. Fr. Bernardo Benavides, pasó á Atlixco en 1846.

CAPILLA ALFONCINA

1846. Abril 15. Fr. Ramon Dávila, fué electo Provincial en 1849.

1849. Fr. José María Cabeza de Vaca.

1859. Dr. Fr. Juan B. Guzman.

En Puebla se publicó en 1870, un rasgo Necrológico del M. R. P. Fr. José María de Jesús Huesca, del cual tomamos lo siguiente:

Nació en la casa número 13 de la calle del Solar de Castro de esta ciudad, de padres pobres y virtuosos, D. José María Huesca y D.^{ca} María Francisca Salazar, y fué bautizado en la parroquia del Sagrario el 19 de Abril de 1816, mamando á los pechos maternos los cristianos sentimientos que le dieron á su mayor edad un nombre distinguido; luego que fué capaz, se le dedicó á la educacion primaria bajo la direccion de los M. R. P. Fr. Mariano Calderon y Fr. Francisco Amador, y concluida esta, se ocupó en la fundicion de campanas, pues este oficio tenia su padre, aprendiendo luego el de sastre, con D. Guadalupe Mendez; pero sin olvidarse de las distribuciones piadosas que practicaba la familia, siendo la preferente en ellas la lectura del Año Cristiano ó vida de los santos, cuyos ejemplos hicieron que afirmase la resolucion de consagrarse exclusivamente á Dios en el

estado eclesiástico, comenzando á estudiar gramática latina, en el entonces célebre convento de la Merced, y mereciéndole sus maneras tan urbanas como respetuosas para con sus preceptores y catedráticos, el cariño y aprecio de estos, y el adelanto en latinidad, de la cual examinado y aprobado, pasó á estudiar filosofia en uno de los notables cursos de aquella época.

Pero ántes de manifestar su aplicacion en estas materias que interesan y recrean el entendimiento humano, y le hizo merecer en sus exámenes las más honrosas calificaciones y sustentar los actos públicos del curso con aplauso de los circunstantes y satisfaccion de sus maestros, y ántes de presentarle en las cátedras de teología y sagrada escritura, cuyas gloriosas ciencias se adaptaban tanto á sus deseos y á los sentimientos de su corazón, por lo que se distinguió en ellas y obtuvo mejores calificaciones, al sustentar entre otros actos el de teología moral y ántes en fin de verle á su tiempo pasanteado en tan sublime facultad, mirémosle pequenuelo huir de la casa paterna en union de su hermana Tomasa, con objeto de ser santo, siguiendo el ejemplo de algunos hermitaños cuya vida leia;

y cuya ausencia no duró mucho tiempo, pues al encontrarle sus padres, muy distante de su hermana, bajo una bóveda tejida por ramas de arbustos en un campo contiguo al templo del Señor de los Trabajos, y al escuchar de sus labios la significativa causa de su separación, olvidaron el sufrimiento y suspendieron el castigo, enagenadas sus almas de gozo y de placer.

Era tal su anhelo por el sacerdocio y la santidad, que desde muy niño formaba altar-citos y ensayaba la misa.

Como su afán era adquirir los conocimientos que lo hicieran capaz de recibir el sacerdocio y desempeñar debidamente el ministerio, con la bendición de sus padres tomó el hábito de religioso en el convento de Nuestra Señora de la Merced de aquí, el 7 de Diciembre de 1833, permaneciendo en su seno algún tiempo y pasando por circunstancias imprescindibles al de Merced de las Huertas de México, en cuya casa santificado con las virtudes de los grandes hombres que Dios mandara allí para hacerse admirar en sus santos, encontró su alma cuanto deseaba, y siguiendo la huella de sus mayores, que el tiempo no ha podido borrar, y animado con el ejemplo de

sus hermanos, tuvo su espíritu aquellos adelantos raros que de vez en cuando concede Dios á los suyos: porque además de las horas que las reglas señalan para la oración mental en comunidad, dedicó otras á este santo ejercicio, para tratar de continuo con su amado, que lo era Dios en grado muy alto, bajo la advocación de la preciosa sangre de Cristo, cuya devoción debió á otro religioso carmelita, y conseguir la gracia de ser un ministro fiel, un mercedario digno de tal nombre, un soldado de Jesucristo, invencible en los frecuentes y formidables ataques que desde muy temprano le dió el demonio, enemigo tanto más cruel y tenaz de este Padre, cuanto más conocía su mérito y los brillantes triunfos que en el discurso de su vida había de obtener sobre él.

Antes de su profesión, efectuada el 14 de Diciembre de 1834, siendo Presentado y Comendador, el P. Fr. Bernardo Benavidez, y padrino el P. Fr. Luis G. Gamez, y en el tiempo del noviciado, estuvo pronto á los preceptos de sus superiores, cual si tuviera voto de obediencia, y cumplió con los oficios que en su clase debía desempeñar, con la humildad que le fué congénita, y con la alegría

CARILLA ALFONSO

de ánimo que se goza cuando se vive en una comunidad observante, y bajo las reglas que Dios dispensa á sus santos y llena los deseos del corazón. No tanto el púlpito como el confesionario, fueron el teatro donde campeó su celo apostólico, por la gloria de Dios y la salvación de las almas; pues en aquel, á la concisión y claridad de sus imponentes pláticas doctrinales añadió la unción divina, que Dios daba á sus palabras y en este desde los primeros días de su sacerdocio hasta los últimos meses de su vida, por las mañanas, por las tardes y aun por las noches se le encontraba pronto á desempeñar tan augusto ministerio. Los hombres de alta categoría y los de las clases ínfimas, los comerciantes y los artesanos, los extranjeros y los patricios, los viejos y los niños, los justos y los pecadores, lo mismo que las señoras más distinguidas y las mujeres más pobres, todos ansiaban depositar en él los secretos de su conciencia, manifestarle las aflicciones de su espíritu, descubrirle las llagas gangrenadas de su alma, y derramar á sus pies las consoladoras lágrimas de una verdadera contrición. Sus brazos se abrían para estrechar en su pecho al hijo pródigo que volvía á la casa paterna

como el gran Ambrosio, mezclaba sus lágrimas con las del penitente y casi ahogaba su garganta por la fuerte impresión que sentía, él pronunciaba las palabras de vida eterna, que anudando de nuevo las relaciones íntimas entre el Criador y la criatura, entre el hombre y Dios, le daban derecho á los bienes de la gloria; *yo te absolvo*, y estas palabras divinas que algunas veces oímos postrados á sus pies, eran el dulcísimo néctar que embriaga en celestiales delicias el corazón del pecador.

Con justa razón era generalmente buscado para que confesase y dispusiese á los enfermos graves próximos á la muerte. Los que en la carrera de los vicios se habían olvidado del último día de su vida, volvían sus ojos al amigo de Dios confiados en que les aseguraría una feliz eternidad, lo buscaban también las almas justas que, temblaban en sus últimas horas á la terrible vista del tribunal de Dios. ¿Quién no encontró en el P. Huesca cuanto desear pudiera en tan amarga situación? ¿Quién no vio en él la compasión y el cariño de una madre tierna que enjuga las lágrimas á su hijo, que lo estrecha en sus brazos y que lo acaricia con toda la

expresion de su amor? Allanaba cuantas dificultades presentaban una conciencia criminal y una vida escandalosa: atendia á la reparacion de los males, á la restitucion de la honra y de los bienes mal adquiridos, y consultando al estado del enfermo y á lo ejecutivo de la enfermedad, cumplia con los deberes de juez, sin desatender los oficios de padre. Con los plenos poderes y absoluta autoridad recibida de Jesucristo, derrama sobre el agonizante los tesoros en que abunda el sacramento de la penitencia, y entónces la sonrisa aparecia en aquel semblante pálido y estenuado, publicando el gozo en que rebozaba su alma, al oír de la boca de este sacerdote las palabras del Salvador divino:—*Ten confianza, hijo mio, que perdonados son tus pecados.*

El gran nombre que en las funciones del santuario habia adquirido lo hizo el oráculo á quien todos y para todo se consultaba. Para el arreglo de testamentos: para las transacciones de juicios civiles: para la devolucion de bienes ajenos; para emprender algun grave negocio ó cualquiera obra importante: para abrazar estado: para contratos mercantiles en que se temia haber usura; para todo lo que a-

fectaba el hombre como individuo de la sociedad ó hijo de la Iglesia, era generalmente consultado; su aposento estaba visitado constantemente por toda clase de gentes, y las más veces que salia á la calle era para arreglar aquellos asuntos que á su eficacia y caridad se encomendaban.

Como el apóstol, el P. Huesca era todo para todos, y esta verdad universalmente reconocida, nunca quedó ociosa; apenas habia alguno que no volviese á él los ojos en sus aflicciones. Para conciliar la paz en las familias y convenir las voluntades de los casados que vivian en discordia ó separados; para dar asilo á la doncella cuya inocencia peligraba; á la huérfana desvalida; á la viuda desamparada; para proporcionar recursos al padre de familia que no tenia un bocado de pan para saciar el hambre de sus hijos; para que se interesase por los reos de diversos delitos políticos ó criminales, ya para que se les diese la libertad, ya para aliviar su situacion desgraciada; para que extendiese certificados que vindicasen la honradez, ayttitud y buen manejo de algunos funcionarios públicos injustamente calumniados; hasta para facilitar la entrada á los colegios á algunos jóvenes de mez-

quina suerte; todos, en suma, y para todo, buscaban al P. Huesca aún á las horas de comer y dormir, como dispuesto siempre á favorecerlos con su influjo, con sus relaciones, con su respetabilidad, con sus escasos recursos, con sus consejos, cuando ménos, que teniendo poderoso ascendiente sobre el corazón, los auxiliaba en las aflicciones dándoles una cristiana conformidad, para merecer en ellas; este era su carácter. Carácter propio de los grandes hombres en el idioma de la adorable religion católica.

Nada digo de las fundaciones de los santuarios, de los sagrados Corazones de Jesus y de María, ni de la de la Santa Casa Lauretana, ni de la ereccion de la capilla de San Dieguito, sobre las ruinas y con los escombros del demolido templo de San Sebastian, ni de la iglesia de la Preciosa Sangre de Cristo en el pueblo de Ocotlán, ni de la que pretendió edificar bajo su direccion el actual general Cuellar, en su hacienda de San Mateo Tepetlita, contigua á San Martin Texmelucan, ni de la reposicion del templo del Señor de la Misericordia, con el fin de consagrarle al olvidado culto de Señor San Joaquin, porque Puebla conoce bien sus afanes relativos, consignados

ya en el calendario del immaculado Corazon de María, el año antepasado. En las pestes, en las guerras civiles, en todas partes dió nuevos testimonios de su caridad evangélica, no manifestándose indiferente á las exigencias públicas.

Hubo un tiempo en que la piedad cristiana y los recursos con que contaban nuestros padres, facilitaron la ereccion de conventos que como robustos cedros se elevan en el fértil campo de la Iglesia, y á su sombra se hacian admirar del mundo las ciencias y la santidad; pero nuestro siglo poco religioso y empobrecidos sus hombres por causas que ni los niños ignoran, no era en verdad el más á propósito para concebir esta empresa que debía realizarse con limosnas, y que tenia además que luchar con el ódio y animosidad con que se miran estos establecimientos, y á pesar de tales consideraciones, el P. Huesca puso su confianza en la Providencia, y fabricó esta casa de asilo del Corazon de Jesus, porque cedía en gloria de Dios que hubiese un plantel más, en el que almas inocentes, renunciando por Dios al mundo y sus placeres en la primavera de la edad, se consagrasen á servirle y á rogar en sus oraciones por las necesida-

des de la Iglesia y del Estado, por la conversion de los pecadores y particularmente por la de sus gratuitos enemigos. Como las limosnas colectadas en el casco de la ciudad no alcanzasen para los gastos de la obra, salia á los pueblos á proporcionar mayores recursos, pues tratándose de la gloria de Dios, de buena voluntad hacia cualquier sacrificio: al pedir la limosna, de unos era bien recibido, y logró regulares cantidades; de otros, esperanzas que no se realizaron; de la mayor parte sumas de poca importancia, y de muchos, solo fué criticado y áun ridiculizado por la empresa que acometia y por la difícil época en que intentó llevarla á cabo; mas á costa de estos sacrificios continuó su obra y por fin logró que estuvise capaz de su objeto, aunque sin concluirse aún, como lo estamos presenciando.

En cuanto á la devocion de la Santisima Virgen Maria, bastará decir que fué uno de sus amartelados hijos, y bajo este título tan poderoso para atraer á ella todos los corazones, la amó con aquel entusiasmo é interés, con aquel cariño fino y obsequioso que tanto le recomendaban. Siempre que hablaba de la Santisima Virgen Maria y principalmente de

su immaculado Corazon, cualquiera que fuese el misterio ó advocacion de que se trataba escogia al nombrarla, las palabras más tiernas y afectuosas, para encomiar su dulzura y su prodigiosa virginidad. Cuidó de tener en su aposento muy buenas pinturas y esculturas de la madre de Dios, y á su ejemplo se estendió esta devocion en las familias; la tenia además en sobresalientes cuadros de distintas advocaciones, y la tenia en fin dentro de su corazon. En sus grandes angustias, en sus mayores cuidados, lo mismo que en las horas que lleno de amor de Dios suspiraba por la patria bienaventurada volvia sus ojos al trono de misericordias, á la Virgen sobre toda hermosura graciosa, y confiado en su interseccion, esperaba con ansia aquel dia eterno, en que miraria en su divino rostro la sonrisa cariñosa que la embellece, y con el entusiasmo que inspira la gratitud en su última escala, y lo más vehemente del amor, la saludaría lleno de júbilo, como el sumo sacerdote de Bethulia á su libertadora Judith. Era preciso que se empeñara en promover y aumentar tan importante devocion, y lo hacía con felices resultados, réncargando á sus hijos en el confesionario y á todos en lo particular

las piadosas prácticas consagradas al culto de la Reina del cielo; y que no desviasen sus ojos de la brillante estrella que señala el puerto en el mar de la vida, y esta Madre amorosa le favorecía siempre, y le consoló, particularmente en las épocas en que permitía Dios que su espíritu fuese en gran manera atormentado; porque su Magestad acostumbró podar la vid que dá fruto para que lo siga dando con mayor abundancia. Los que observamos de cerca, pudimos conocer algo de lo mucho que padeció y especialmente en sus últimos años. Algunas noches en las horas de silencio, se percibían aun de léjos los gemidos de su corazón oprimido de grandes angustias que purificaban su espíritu en el crisol de la desolación. Sus sollozos y su oración con frases que no se entendían y la agitación en que estaba siempre, nos causó sensación tan amarga, que hubiéramos tenido consuelo en aliviarle un tanto, siquiera acompañándole personalmente; pero el respeto á su persona que en tales circunstancias parecía tomar un carácter sobrenatural, y el no agravar su aflicción atreviéndose á presenciársela, nos hacía desistir de la idea, sobrecogidos de temor. Aquella amar-

gura aparecía al día siguiente en su semblante como en el del libertino las huellas del crimen, y quedaba sin las fuerzas morales necesarias para el desempeño de su ministerio, privándose algunas veces aún de decir misa, en cuyo sacrificio, según decía, encontraba solamente el consuelo de su alma.

Ocupado de estos sentimientos, apreciaba en lo que vale la mortificación de los sentidos, sentía y lamentaba no poco hacer los ayunos que manda la Iglesia, porque se lo prohibieron los médicos á causa de una diarrea y dolor que padecía; pero supo sustituir al ayuno otras mortificaciones con las que reducía su cuerpo á la gloriosa servidumbre del espíritu, aprovechando también las muchas amarguras con que Dios lo regaló en todas las épocas de la vida.

La virtud de la castidad no pudo serle extraña. En medio del trato con mujeres de todas edades y condiciones, y en el continuo desempeño del confesonario, que presenta lances difíciles y muy arriesgados, sus palabras, sus miradas y sus acciones, manifestaron bien claro siempre en todo tiempo, que su alma estaba embellecida con esa virtud noble y preciosa, que á su persona daba una nueva res-